

ANTONIO MARTÍNEZ BALLESTEROS

Por debajo de la piel

narrativa
descrito  ediciones

PRIMERA PARTE

I

Luisa empezaba a sentirse despierta, aunque todavía, en su somnolencia, permaneció un rato, perezosamente, con los ojos como pegados. Antes de despegarlos empezó a darse cuenta de que aquella no era su cama, de que su despertar se producía en un sitio distinto al de otros días. Abrió los ojos. Y al mismo tiempo que palpaba un cuerpo caliente a su lado, lo recordó todo. Allí estaba Juan, todavía dormido. ¿Qué estaba haciendo ella en la cama de aquel hombre? Sí, un par de años atrás llegó a pensar que tal situación la viviría más pronto o más tarde, pero lo imaginó de otro modo, es decir, siendo ella la esposa de Juan Soriano. Y esto no había sucedido a pesar de haberlo esperado. Hay cosas que no ocurren, no se sabe el porqué, y no sirve darle vueltas. El caso, y esa era la realidad, una realidad irremplazable, ya que la realidad es así, aunque nos duela a veces, es que alguien se atravesó en la vida del que entonces era algo más que su mejor amigo y lo cambió todo, todo lo había trastocado.

El curso de los acontecimientos llegó a cambiar, de manera implacable, sin respetar nada, ni deseos, ni esperanzas, ni ilusiones, lo que en su interior creyó un lógico devenir de los acontecimientos. Ya nada podía volver atrás, y esto, pensaba Luisa, es lo más lamentable y duro de los errores en los que continuamente incurrimos. Pero errores... ¿de quién?, seguía rumiando de forma machacona en su interior. Lo peor es que a veces no sabemos quién tiene la culpa de que nuestras vidas no hayan transcurrido según nosotros lo deseábamos. Es cierto que al fin había pasado una noche con Juan, después de haberlo pensado, quizá, demasiado. ¿Y por qué lo estuvo pensando tanto? ¿Era un paso tan decisivo? ¿Era una cosa tan

grave? Y... ¿había valido la pena? Ahora Juan era un hombre casado. En cambio, ella... Bueno, ya está bien. Sin darse cuenta se estaba dejando llevar por las normas rutinarias de pensamiento de una forma de ser burguesa que no compartía. ¿O sí compartía, a pesar de sus razonamientos? La verdad es que no estaba segura de nada. Si era sincera consigo misma, y no siempre lo era a pesar de su afán de parecerlo, dudaba de todo. Porque, ¿qué era ella? ¿Qué es lo que realmente pensaba de las cosas, de lo que debe ser y no debe ser, de la libertad, de lo que es progresista, de lo que es reaccionario, de lo que es sincero, de lo que es falso, de lo que conviene hacer, de lo que no conviene hacer, de la felicidad, de la desgracia, del placer, del sufrimiento, de lo que es bueno, de lo que es malo y, en resumen, cómo es el verdadero *yo* que llevamos dentro y cómo son las auténticas personalidades de los demás, escondidas tras diversas y variopintas fachadas lustrosamente prefabricadas por cada uno de los humanos que en el mundo son, para así disimular cada cual como mejor pueda la negrura de las pasiones que le esclavizan y le hacen tal y como es? ¿Cómo era el hombre que tenía cerca, todavía dormido y ajeno por completo, en su sueño, a los pensamientos que a ella le invadían? Y, al llegar aquí, otra vez se avisó a sí misma de que se estaba dejando llevar en esta ocasión, no por las «normas rutinarias de pensamiento de una forma de ser burguesa, etc.»..., sino por unos pensamientos más personales y... menos burgueses que... ¿O también se engañaba ahora? ¿No eran estos nuevos pensamientos igualmente personales y burgueses? ¿Lo impersonal y lo burgués eran la misma cosa? ¿O según los casos? Lo que sí es cierto es que al llegar a un determinado grado de sus elucubraciones mentales siempre se atascaba, no sabía seguir.

Encendió la luz. Solo la lámpara de la mesilla, que tenía a su izquierda, pues no deseaba despertar a Juan. Al mirar la hora en el reloj de su muñeca —nunca se quitaba el reloj para dormir aunque se quitara todo lo demás—, reaccionó con sorpresa, una sorpresa repetida todas las mañanas, pues con frecuencia se le pegaban las sábanas. Se tiró de la cama. Procuró no hacer ruido al vestirse, pero Juan empezó a desperezarse y se volvió a ella:

—¿Qué pasa?

—Es la hora, Juan. Tu mujer va a volver.

Juan saltó del lecho sin ninguna pereza. «Bueno –pensó Luisa mientras él se metía rápidamente en sus pantalones–, no puede haber pereza en determinadas circunstancias. Tenemos el tiempo justo para levantar el campo y borrar las huellas de nuestra noche juntos antes de que vuelva Isabel, pues su turno de trabajo en la Residencia Sanitaria terminará dentro de una hora escasa». Y no cesaba de hacerse preguntas. ¿Estaría enterada la mujer de Juan? ¿Sospecharía algo de estas clandestinas relaciones? Al fin y al cabo era su primera noche juntos y habían tomado alguna que otra precaución. El peligro de que Isabel se enterase podría darse más adelante, si continuaban la *cosa* y no se andaban con cuidado. ¿Pero sabía Luisa cuáles eran las intenciones de Juan con respecto al futuro? ¿Hasta qué punto estaba él dispuesto a continuar engañando a su esposa? ¿Y ella misma, estaría dispuesta por su parte? La voz de Juan interrumpió su trasiego mental:

–¿Estás enfadada?

–¿Por qué había de estarlo? –se oyó decir después del silencio.

–No sé... Te veo reservada.

–¿Tú no lo estás?

–¿Qué quieres decir? –se evadió Juan.

Luisa, que había terminado de abrocharse la blusa, se encarró con él. A ella le gustaba la claridad, se sentía incómoda en las situaciones difusas.

–¿Por qué me has traído aquí?

Juan se evadió de nuevo, encogiéndose de hombros. Le daba miedo aclarar las cosas, enfrentarse a sí mismo, raramente daba explicaciones. Se limitaba al encogimiento de hombros y no sabía darse cuenta de que, de ese modo, ella podía sentirse ofendida al no decirle que la había llevado a su casa porque se sentía solo, porque la necesitaba, porque la quería... Sí, Luisa Ruiz sabía que él la necesitaba, pero también que nunca se sinceraría del todo con nadie por mucho que demostrara estar a su lado; porque Juan era así: introvertido, desconfiado, callado en su intimidad más profunda y, quizá, un poquito resentido por sus fracasos, incluido el de Isabel, naturalmente, y esto Luisa lo admitía a pesar de que le quisiera, no tenía por qué cegarse. Algunas veces pensaba que esos silencios de su amante, cuando ella había tenido la debilidad

de contarle sus problemas, no eran de asentimiento, sino de indiferencia, a veces hasta de desacuerdo con sus opiniones y su forma de ver la vida, aunque no se molestara en discutir por evitarse complicaciones. Sin embargo, por el momento, Juan la necesitaba más que a cualquier otra persona para no enfrentarse con su soledad, a la que llegara después de un matrimonio fallido y... determinadas frustraciones en otros terrenos. Sí, Luisa creía no estar descaminada al suponerlo así y confiaba en poseer la suficiente habilidad para retenerlo a su lado, si bien todavía no podía tener la seguridad de que sus elucubraciones acerca de las interioridades del amante coincidieran con la auténtica realidad, debido a la impenetrabilidad de Juan en ciertas cuestiones. Así es que pasó por alto todo lo que en tan pocos segundos atravesó su mente y le dijo:

—Como quieras, Juan. No me contestes si no lo deseas.

—Te contestaré si me contestas tú primero —pareció bromear el otro—. ¿Por qué has venido tú?

Era la táctica de Juan. Se evadía de las preguntas haciendo a su vez otras preguntas. Luisa no pudo evitar un suspiro que podía significar: «Siempre igual, no se puede llegar nunca al fondo de la cuestión con este hombre. Siempre trata de reservárselo todo y, en cambio, pretende sonsacar a los demás».

—¿Lo ves? Eres tú quien no quiere aclarar las cosas.

—¿Yo? —protestó Luisa, ratificando en su fuero interno lo que estaba pensando de él—. Las tengo suficientemente aclaradas.

—¿De veras? ¿Y por qué no me contestas?

—¿Y por qué quieres oírmelo decir si de sobra sabes la contestación?

—No la sé.

Y la expresión de Juan parecía ahora sincera. Al menos estaba hablando con cierta seriedad; daba la impresión de que era una de esas pocas ocasiones en que se ponía propicio en el terreno de las confidencias. Continuó:

—Quiero suponerme la contestación, pero no sé, realmente, por qué has accedido a venir a mi casa cuando te lo propuse anoche. Te lo sugerí otras veces y no has querido ni hablar de ello. Ahora me gustaría pensar que tú, al fin, te has dado cuenta de que yo...

No terminó la frase. Se quedó mirándola como esperando que ella comprendiera sin más palabras. ¿Pero por qué no lo dice? Y rabiaba por dentro al pensar esto. ¿Qué esperaba, que fuera ella quien lo dijera? ¿Quería asegurarlo del todo antes de sufrir un patinazo en sus sentimientos? Entonces ¿qué pensaba, que ella se había acostado con él porque era una mujer fácil? ¿No sabía que no podía haber hecho lo que había hecho sin que mediaran unos sentimientos? Si estaba bien claro...

—Sabes, Juan, que si he aceptado la proposición de venir a tu casa fue porque...

¿Por qué regalarle el oído? La rabia interna por la reserva del amante impidió que terminara su explicación. Se volvió y quedó mirando por la ventana, como si algo en la calle atrajera su curiosidad. Juan se acercó a la mujer e intentó reanudar el diálogo.

—Continúa. ¿No te atreves a decirlo?

—¿Por qué no? Creía que te quería. Eso es todo.

Lo dijo sin disimular su rabia. Y se dirigió, decidida, hasta la puerta de la alcoba. Él se interpuso:

—¿Ahora ya no lo crees?

Luisa se encogió de hombros. ¿Por qué no hablaba él primero? Ella estaba deseando hablarle de muchas cosas, pero no de esta manera. ¿Por qué tenía que confesarle sus más íntimos sentimientos si él no se mostraba igualmente sincero? ¿Por qué cuando sentimos el más ardiente deseo de ser uno con los demás, de comunicarnos de verdad con alguien en especial, encontramos en ese alguien una resistencia absurda que hace que, al no sentirnos correspondidos, tengamos que frenar forzosamente nuestra buena fe? ¿Por qué no ven esta buena fe nuestra si la dejamos ver con toda claridad? ¿O es que la imagen que damos a los otros es diferente de la que deseamos dar, sospechosa, a pesar nuestro? ¿O es que las gentes, por un rutinario mecanismo defensivo, adquirido al ser engañados tantas veces por otros que anteriormente también habrían sido engañados, ya no creían en nada ni en nadie, y tomaban, automáticamente, recelosamente, el rostro y las palabras de la verdad como si fueran la táctica y la máscara del engaño disfrazado, y que tales artimañas eran puestas en práctica por todos, sin excepción alguna? ¿Qué proceso se había dado en el

ser humano para que la desconfianza de los unos en los otros fuera la norma general? ¿Es que ya nadie podía creer en nadie?

—¿Solo en una noche has empezado a dudarlo? —insistió Juan, interrumpiendo su encadenamiento mental—. Porque hace unas horas, cuando viniste a mi casa, creías que me querías, ¿no es eso?

—También creía que tus sentimientos hacia mí podrían ser... Bueno, he sido una tonta.

—No, Luisa, no pienses así.

—Creo que hemos hecho mal.

—¿Por qué? Por una vez que nos hemos atrevido a hacer lo que verdaderamente deseábamos... Si has venido es porque te sentías sola.

Otra vez intentando sonsacarla. ¿Pero y él? ¿Hasta cuándo va a guardárselo todo para sí? Dio unos pasos hacia la puerta.

—Como yo. Yo también me sentía solo, Luisa.

Ella se detuvo. Al fin había dicho algo de sí mismo. E intentó encarrilar la conversación a su modo:

—Repítelo, Juan. ¿Has dicho que te sientes solo?

—Sí —afirmó el otro sin añadir una sola palabra a la escueta concesión. Pero ella, sin desanimarse del todo, quiso saber más.

—¿No quieres a tu mujer? —El otro se encogió de hombros, como de costumbre—. Eso no es contestar, Juan. ¿Quieres o no quieres a tu mujer?

—Yo creía que sí, pero...

—¿Qué?

—Un momento. Voy a lavarme un poco.

Otra vez se le escurría, eludía la cuestión. ¿O es que no sabía realmente lo que pasaba en su interior? Luisa, para sus adentros, tenía contestada ya la pregunta. Según sus conjeturas, y creía no andar muy descaminada, Juan e Isabel se habían precipitado en su matrimonio, lo llevaron todo demasiado rápido y se equivocaron, pero eso era algo que Juan no se atrevía a plantearse claramente, ya que siempre fue un poco cobarde para afrontar las cosas de cara. Luisa recordaba su sorpresa cuando se enteró de la boda.

Hacía tiempo que no lo veía. Siempre fueron muy amigos aunque nunca llegaron a formalizar ninguna clase de relación sentimental y a pesar de que ella así lo esperara. Debido a

ciertas circunstancias, se habían distanciado un poco en aquella época, y de pronto supo que Juan Soriano se casaba con una chica a la que sólo hacía tres o cuatro meses que conocía. Claro que por entonces oyó decir a Juan, seguramente para justificar la precipitación de tal acontecimiento, que empezaron a compenetrarse en seguida, pero Luisa sabía ahora que no era cierto, que en realidad fueron víctimas de una falsa primera impresión, debido a que ambos coincidían —y en eso coinciden tantos chicos y chicas jóvenes!— en sufrir, cada uno por su lado, parecida opresión familiar. Porque, por lo que ella deducía, debía de ser lo único que la pareja había tenido en común: que estaban los dos hartos de aguantar a sus respectivos padres. Y pensaron que casándose se liberarían, se sentirían del todo libres. Sin embargo, aquello fue un espejismo, una ilusión vana, un engaño cruel provocado por la ingenuidad y la inexperiencia. No pensaron en lo que vendría después. Y así, a los pocos meses, empezaron a ver la realidad: que no se conocían, que no se atraían, que no se ponían de acuerdo, que discutían. Y, sobre todo, descubrieron una insignificante perogrullada que todo el mundo sabe y sobre la que ellos, en su loco proceder, no habían reparado hasta entonces: que sin dinero es difícil ser felices y, más aún, ser verdaderamente libres. Por su parte, Luisa Ruiz, que perdiera a sus padres de niña, no comprendía las prisas de Juan por independizarse de los suyos. Por muy tiránicos que puedan resultar, los padres siempre son los padres. Ella, huérfana desde los diez años, siempre los echó mucho de menos. El consuelo de una tía, hermana soltera de su madre, palió un poco aquella falta, aunque solo en los primeros años, pues tía Amelia enfermó poco después y Luisa Ruiz, desde muy joven, hubo de acostumbrarse a hacerse persona responsable y salir al paso de todos los problemas de la casa. Gracias a que tuvo suerte en colocarse en una oficina pudo hacer frente a todas las dificultades, y se vio convertida, prácticamente, sin desearlo, en el cabeza de familia. Es decir, se hizo mayor antes de tiempo y, de ser ella la niña huérfana protegida por su tía, pasó a ser esta la protegida de la niña, por causa de su enfermedad, que fue larga, muy larga. Luego, desde la muerte de tía Amelia, hacía ahora cuatro años, a los veintiséis de su edad —tenía actualmente treinta—, se tuvo que acostumbrar a vivir sola. Juan

decía que era una mujer independiente, pero la muchacha sentía para sus adentros que a nadie le importaba nada de ella, y que sus relaciones con los demás no iban más allá de unas expresiones corteses, incluso con las personas más allegadas y que afirmaban tenerle más afecto. Así, pensaba Luisa Ruiz, no valía la pena ser independiente, y le hubiera gustado vivir dependiendo de alguien, sin sentirse tan sola, con alguien que fuera suyo, a quien perteneciera, que se alegrara de verdad con sus alegrías y que se entristeciera con sus tristezas, sin que tuviera constantemente la impresión de sentirse una extraña con todo el mundo, pues eso es lo que sentía en el trato de sus escasas relaciones, limitadas casi exclusivamente a las personas de su vecindad y compañeros de trabajo. En la oficina, por ejemplo, donde pasaba bastantes horas de su vida, no terminaba de sentirse a gusto, pues le parecía que sus compañeros la aguantaban porque no tenían más remedio y, aunque luego resultaran figuraciones suyas, a pesar de las bromas que se gastaban y esa frecuente cordialidad en el trato —esto último no era siempre así—, le daba la impresión de que existía una total despreocupación por los demás. Se explicaba: prevalecía un trato cordial con todos, como si se pensara que de esta forma habría menos complicaciones, mas un total desinterés por las cosas de los otros. Algo así como si se hubieran previamente advertido: «Vamos a llevarnos bien el tiempo que tenemos que estar juntos, pero tus cosas son tus cosas y las mías son las mías». Desconsolador, si se para uno a pensarlo, y más cuando parecía ser la regla general en el trato con todo el mundo, algo que le hacía pensar que no nos aceptábamos los unos a los otros, sino que simplemente nos *tragábamos*, y basta, por no complicar más la situación.

Aquí quedaron interrumpidas sus reflexiones. Sintió a su lado la voz de Juan, que había vuelto al dormitorio.

—Si quieres pasar al lavabo, ya he terminado.

Y Luisa cogió su bolso y se dirigió al cuarto de baño.